

PRESENTACIÓN

«La consciencia revela la preocupación fundamental de la naturaleza: inventar la vida y mantenerla. En cambio, perspectivas muy cognitivas sitúan lo esencial de la vida en el juicio racional y los procesos intelectuales. Es una visión incompleta. La vida es un fenómeno extraño, complejo y extremadamente vulnerable. Hemos de hacer muchas cosas para estar vivos. La mayoría de los problemas sociales y políticos son sobre mantener la vida. Una diferencia clave de la inteligencia natural con la IA es que ella no enfrenta el problema de la vida. Nosotros, sí. Estamos expuestos a la enfermedad y la muerte. La consciencia trata de esos riesgos y de cómo prolongar la vida».

ANTONIO DAMÁSIO
Neurólogo y neurocientífico¹

«Hago una invitación a pensar desde las fisuras. A mirar las grandes preguntas no como problemas a resolver con más cálculo, sino como señales de que algo en nuestra manera de conocer –en nuestra forma de habitar el saber– necesita transformarse. Tal vez haya llegado el momento de imaginar una ciencia que no solo libere, sino también escuche; que no solo descubra, sino también cuide; que no niegue la tradición, sino que dialogue con ella. Una ciencia capaz de acompañar la vida, no de someterla. Porque solo en la alianza

¹ Antonio Damásio: «Es muy improbable que la IA tome el control, pero me preocupa que haga que los jóvenes estén menos preparados como humanos».

entre conocimiento, mundo y cuidado, podremos dar el siguiente paso. No hacia la dominación del universo, sino hacia el arte más difícil de todos: habitarlo».

SONIA CONTRERA

Catedrática de Física en la Universidad de Oxford

Seis problemas que la ciencia no puede resolver, Editorial Arpa, 2025

ENTRE EL ¡AY! Y LA IA

Si existen tres palabras que definen el mundo de hoy, esas son *cam-bio*, *aceleración* y *vértigo*. Todo en nuestra vida y nuestro entorno está en movimiento, y se diría que nada permanece. Lo aparente y superficial, pero también lo profundo. Las certezas anteriores se tornan rápidamente en incertidumbres ante la velocidad de los avances de las tecnologías digitales y de la inteligencia artificial (IA); del cambio climático que altera las condiciones de supervivencia de la población; de la transición demográfica que está invirtiendo la tradicional pirámide de edades; de una ciencia que muestra avances hasta hace poco tiempo impensables (como las vacunas de ARN Mensajero que vinieron en nuestro auxilio durante la pandemia por COVID-19) y de una geopolítica en la que el orden internacional que conocíamos y sus reglas parecen haberse pulverizado. En nuestro horizonte inmediato, cambian también los anhelos y aspiraciones –no siempre fáciles de colmar– de las personas, que miramos el mundo a nuestro alrededor y nos sentimos cada vez más abrumados y vulnerables.

El *Informe de Riesgos Globales 2026*, elaborado por el Foro Económico Mundial², resume en una palabra cuál es la inquietud predominante de cara a los dos próximos años y esa palabra es «incertidumbre». Y son, por este orden, cinco los principales riesgos identificados por los 1.300 expertos entrevistados en todo el mundo, en el marco de la Encuesta Global de Percepción de Riesgos en el que se basa este informe de referencia: confrontación geoeconómica (16%, que escala ocho posiciones respecto a 2024), conflictos armados protagonizados por los Estados (14%) y, a cierta

² Foro Económico Mundial. «Global Risks Report 2026», <https://www.weforum.org/publications/global-risks-report-2026/>

distancia, eventos climáticos extremos (8%), polarización social (7%) y desinformación (7%). Por otro lado, los resultados adversos de la IA representan el riesgo que mayor subida ha experimentado en el ranking, pasando a situarse en quinto lugar en la perspectiva a diez años vista, aunque los riesgos existenciales –planteados por sus propios artífices– se han convertido ya en un asunto de la máxima urgencia³.

La inteligencia artificial está en el vértice de muchas de las transformaciones en curso, y tiene el potencial de ayudarnos a superar una parte de los grandes problemas de la humanidad, desde vencer el cáncer y descubrir medicamentos que salvan vidas hasta contribuir a resolver los grandes retos ambientales, energéticos, sociales y educativos, entre otros muchos. Pero también conlleva riesgos políticos, económicos, éticos y en materia de derechos humanos que es indispensable abordar. Entre ellos, una extrema concentración de poder en megacorporaciones tecnológicas, propietarias de las infraestructuras y de los datos; la ciberseguridad, los usos lesivos, los sesgos algorítmicos, la polarización y desinformación, los problemas de salud mental o los neuro derechos. Pero, por encima de todos ellos, el perder la brújula del proyecto humano que es, como tan sabiamente señalan los científicos Antonio Damásio y Sonia Contera, sostener y habitar la vida, la nuestra, la de todos. La inteligencia artificial generativa (IAG), por su parte, está mostrando la aptitud de sustituir parcialmente capacidades intelectuales, experiencia humana y empleos –traducción, redacción, creación de imágenes, comparación de textos e imágenes, cálculos, etc.–, pero abre, asimismo, oportunidades de equilibrar la automatización con la creación de nuevas tareas, el enriquecimiento de las ocupaciones y la apertura a agentes no especializados, por ejemplo, sin habilidades de programación.

Con todo, en medio de semejante tsunami, lo cierto es que *el futuro no está escrito*, sino que lo estamos creando con lo que hacemos –o dejamos de hacer– en el presente. Y eso significa que importa más que nunca *huir del fatalismo desmovilizador* y poner en juego nuestras mejores capacidades y energías para pensar y actuar mejor, tanto a nivel individual como colectivo, lo que supone situar en el centro las preguntas nodales, que no arrancan en

³ <https://legrandcontinent.eu/es/2026/09/13/dario-amodei-pide-frenar-desarrollo-ia-texto-completo-x/>

el qué y el cómo, sino en el *para qué y el para quién*. Es humano buscar respuestas fáciles y rápidas a los dilemas sociales y personales que nos atenazan, pero la realidad es que la tentación de simplificar lo complejo, de asumir sin más que existe un solo camino, no nos va a sacar del atolladero, sino al revés. Como afirma la científica Helga Nowotny «La ciencia nos ayuda a comprender y modelar mejor los sistemas complejos. Necesitamos múltiples perspectivas que capturen la diversidad de la experiencia humana, cada una de las cuales tiene soluciones parciales que ofrecer. Necesitamos normas actualizadas para guiar el comportamiento humano y las instituciones más adecuadas para hacer frente a la incertidumbre inherente del futuro»⁴. Y creemos que unas Ciencias Sociales en diálogo con otras ciencias y con el caudal de sabidurías no académicas que —con sonrojante torpeza— no reconocemos, pueden aportar una porción de los conocimientos necesarios para diseñar nuevas cartas de navegación que nos ayudarán a surcar los mares ignotos hacia los que hemos zarpado, venciendo sus tormentas y sin perder el rumbo.

¿Y LAS MUJERES? ¿DÓNDE ESTÁN?

Pues, aunque con tanta disrupción junta apenas las veamos, las mujeres están en «casi» todas partes, estudiando, trabajando, cuidando y empujando causas, mientras combinan agendas imposibles para atender todos los frentes a la vez. Y el caso es que lo consiguen, aunque sea casi siempre a costa de sí mismas.

Están en los hogares, haciéndose cargo mayoritariamente de la crianza de los (cada vez menos) niños y de las (cada vez más) personas mayores, además de realizando de forma gratuita todas esas tareas domésticas que tienen la mala costumbre de «no hacerse solas» ...más aún en los numerosos países en los que atender la casa significa cultivar alimentos, acarrear el agua, confeccionar la ropa o transportar la leña. Están en las escuelas, donde efectúan juegos malabares para aportar valor a las vidas y proyectos de esos seres sumidos en el desconcierto que representan nuestra cantera del futuro. Están en el día a día de una sanidad de la cual son ya la columna vertebral y en la que diagnostican, previenen, tratan, asean y consuelan, ya se trate de las enfermedades

⁴ Helga Nowotny (2021). *La fe en la Inteligencia Artificial. Los algoritmos predictivos y el futuro de la humanidad*.

del cuerpo o las del alma. Están en la ciencia, investigando y desarrollando soluciones para resolver los grandes problemas humanos y del planeta. Están en la cultura y las artes, regalándonos (literalmente) conocimientos, belleza e identidad, porque lo que es cobrar, cobran poco. Están en el activismo social y medioambiental, y también en la cooperación internacional con los países más pobres, entregando generosamente su tiempo y entusiasmo a causas vitales. Están en el rastro enérgico y temeroso de millones de inmigrantes que, para poder mantener a los suyos, se han venido muy lejos a cuidar de los nuestros. Están en la administración de lo público y, hasta donde pueden, en el emprendimiento y la gestión empresarial, demostrando que el auténtico liderazgo se fundamenta en la diversidad y en la capacidad de sumar e incluir. Están, en suma, conectadas con ese flujo misterioso que llamamos vida, que –casi siempre– les toca sostener a puro pulmón.

Sin embargo, *los espacios que ellas ocupan son escasamente valorados y visibles*, «se dan por hechos». Como si la vinculación y el cuidado no fueran lo que nos define como especie, al ser precisamente nuestras limitaciones al nacer las que han multiplicado nuestras conexiones neuronales y nuestra competencia de relación social. La fuerza humana surgió de esa debilidad. Pero *nuestro cerebro está programado para ver lo extraordinario y relegar lo ordinario*, que es una forma de ceguera que solo podemos trascender a base de un tipo de sabiduría y conciencia que nos asista en la tarea de desmontar los automatismos y visualizar las realidades completas. Durante mucho tiempo, lo excepcional fue condición de supervivencia, el mecanismo que nos alertaba de los peligros que acechaban al hombre primitivo o de la oportunidad de cazar una presa. Sin embargo, también –entonces y ahora– había que reproducirse, alimentarse, descansar y aprender, siguiendo los ciclos del día y la noche, los inviernos y veranos, las épocas de siembra y cosecha, las mareas que suben y bajan, la inspiración y espiración, la diástole y sístole. Hoy, *el desprecio de los procesos repetitivos en los que se esconde el secreto de la vida está teniendo efectos dramáticos sobre nuestra especie*. En el cóctel de información, tecnología y velocidad en el que estamos instalados tiene cada vez inferior cabida lo recurrente, lo cotidiano, en suma, el magma vital, obviando el conocimiento y reconocimiento de esa gran cantidad de saberes y tareas que de manera secreta sustenta nuestro universo circular y que, además, ha sido tradicionalmente patrimonio de las mujeres. Nos rendimos ante el dios «Innovación», como la chispa única que impulsa todos los avances,

menospreciando el acervo acumulado; encumbramos al individuo como si el tejido colectivo no fuera el que sujeta nuestro día a día; ponemos el turbo sin tener claro hacia dónde nos llevará y caemos en la falsa dicotomía entre lo lineal y lo cíclico, sin concebirlos como dos facetas indisociables y complementarias de lo que ha puesto en pie el gran proyecto humano.

Por ello, tenemos la convicción de que la salida a la *policrisis existencial* que atravesamos va a requerir un realineamiento de las prioridades, asumiendo que el cuidado –principio fundacional de la condición humana– y quienes protagonizan la economía y la ética que lo soportan, han de hacerse presentes con toda su fuerza. ¿Es una utopía? Quizás..., pero es la única utopía que nos ampara.

Desde una perspectiva más inmediata y específica, la desvalorización social del cuidado y de las mujeres tiene, asimismo, el efecto de limitar las opciones de estas últimas de participar equilibradamente en otros espacios. ¿Qué espacios? Los de los empleos mejor remunerados, los del ejercicio del poder y la toma de decisiones, los del acceso y control de los recursos materiales... Dado que tendremos una buena ración de datos después, no vamos a desplegarlos ahora, pero les animamos a que los busquen, a saber, en las listas de las personas más ricas del mundo (y en los datos anónimos de las más pobres), en las estadísticas salariales, en las referencias sobre las familias a cargo de madres (o hijas) solas, en las noticias sobre premios científicos, en las cifras de participación en las presidencias y órganos directivos de las grandes corporaciones, así como de los organismos que marcan las agendas globales y gestionan las locales.

Los resultados impresionan porque dejan patente hasta qué punto la generación de mujeres más preparada de la historia sigue tocando muy poco poder, mientras continúa (como sus madres y abuelas) aguantando el mundo con sus manos, pero un mundo en cuyo direccionamiento participan restringidamente. Esto significa que, *pese a que todo cambia a un ritmo incesante, la distribución de roles entre hombres y mujeres permanece metida en un atasco*. Un desequilibrio que se traduce, para comenzar, en que las mujeres son dramáticamente deficitarias en «capital tiempo», cuya carencia coarta las oportunidades de participar en igualdad, y, como propina, drena la salud mental femenina. Y, como el tiempo es un recurso inelástico, la desventaja que ellas tienen en su utilización se convierte en una ventaja para muchos

hombres, de la que ni siquiera son conscientes. Esto explica la denominada «crisis de los cuidados», que consiste en que las mujeres se han incorporado al ámbito público (laboral, social, político) supuestamente en paridad con los hombres, pero ellos no han ocupado (o lo hacen tímidamente) el hueco que ellas dejan en hogares en los que conviven varias generaciones a su cargo (niñas y niños, jóvenes y mayores). Los servicios públicos de cuidado no son suficientes y los de mercado con frecuencia no son asequibles para las familias, todo lo cual da lugar a una *ecuación insostenible*. Así es que reconocer, dignificar y remunerar estas actividades es clave para la igualdad entre los sexos y para el bienestar humano. Necesitamos tiempo para las mujeres. Tiempo y reconocimiento para las y los cuidadores. Y tiempo para los cuidados. Porque, y merece la pena insistir en ello, esta dimensión no puede separarse de todas aquellas otras que acaparan titulares; tiene tanta importancia –o más– que las que concentran la actualidad de las agendas, y ello por una doble razón: no habrá desarrollo si la mitad de la población no participa de forma equitativa de sus beneficios, en término de recursos, derechos y autonomía; y frente al escenario actual, dar la espalda a los talentos, visión y coliderazgo de las mujeres, junto al valor del cuidado en su sentido más amplio (personas y planeta), nos llevaría a un suicidio social, dicho así, sin paliativos.

A las mujeres –y a los cada vez más hombres que nos acompañan en el camino– no nos queda más remedio que tirarnos de la torre de marfil y bajar al barro. Es inoperante seguir en el discurso de la parálisis y la resignación. Contamos con muchas más fortalezas de las que nos creemos, pero, también, con narrativas, culturas y creencias internas limitantes que tenemos que cambiar y hacer cambiar con urgencia. Hemos de dejar de apelar a la fragilidad de las mujeres, atrapadas en el estereotipo y tomando (supuestas) malas elecciones, siempre en el «lado equivocado» (por ejemplo, respecto a su relación con la tecnología), y pretendiendo que son ellas las que tienen que cambiar, no los hombres ni los sistemas. Sobran la retórica, las declaraciones de buena voluntad, los micro proyectos aislados y la consideración de las mujeres como ausentes, deficitarias y vulnerables. Y falta implementación, perspectivas sistémicas e innovadoras, evaluación, involucramiento real, resultados. Y, sobre todo, nos falta enfoque de género.

Esas mujeres llenas de coraje y propósito a las que se racanea el «capital tiempo», han *de quitarse de encima unas cuantas mochilas rebosantes de piedras para poder vivir mejor y liberar (multiplicando) su potencial*

transformador. Para ello, resulta crucial reconocer primero el tenaz material social, cultural y psicológico del que están compuestas (las mochilas, no ellas...). En lo *social*, nos encontramos con una persistente división del trabajo que determina papeles distintos y desiguales de hombres y mujeres, en el mundo grande y, también, en los mundos pequeños. En lo *cultural*, una «naturalización» de ese orden, que nos hace comprar la idea de que la producción de los hogares no es economía, que desvaloriza lo femenino, que asigna más competencia a los hombres, en el entendido de que «saben más, son más fuertes y mandan mejor»; que establece como «marca de la buena mujer» el sacrificio y la entrega a los demás o que modela las expectativas educativas y profesionales de chicas y chicos en direcciones opuestas, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de estas páginas. En lo *psicológico*, se sitúa ese enorme saco de mandatos y estereotipos interiorizados que nos afecta enormemente, que hiere nuestra autoestima, que, a menudo, nos hace sentir impostoras o culpables. Y que determina actitudes de modestia casi ritual, a caballo entre la sed de que se reconozca lo bien que lo hacemos y la incomodidad cuando esto sucede, porque no creemos merecer. Nuestra presión interior nos motiva a cumplir con las reglas y las obligaciones, a ser patológicamente perfeccionistas y a naufragar en los detalles, pero en bastantes ocasiones se nos olvida la importancia de transgredir las reglas para ser más creativas y para resignificar términos como la valentía, la innovación, el riesgo, el valor o lo importante.

«Desde una edad muy temprana en la que se empieza a entender la dinámica social, las niñas y las adolescentes, las jóvenes y las mujeres adultas interpretan el ambiente, ajustan el tono, suavizan el lenguaje, se hacen más pequeñas para que los demás se sientan cómodos, se ríen de chistes que no tienen gracia, fingen coincidir con opiniones que no comparten, explican las cosas con cuidado para que nadie se sienta amenazado por sus conocimientos. En definitiva, realizan cálculos sociales complejos a diario».

MARTA BUENO

Física, pedagoga e investigadora en el campo de las neurociencias⁵

⁵ «¿Complacer a los demás?, de repente ya no puedes fingir», *Mujeres con ciencia*.
<https://mujeresconciencia.com/2025/12/30/complacer-a-los-demas-de-repente-ya-no-puedes-fingir/>

El resultado deriva en serios desequilibrios y pérdidas de derechos, oportunidades y talento. Pérdida de nuestra esencia por mantenernos fieles a estereotipos que nos alejan (a mujeres y a hombres) de nuestra verdad, de «quiénes somos». Y pérdidas emocionales, también para ellos, por su alejamiento de buena parte de los procesos claves de la vida y su custodia, que es donde germinan los afectos y propósitos. Los hombres que traspasan esos mandatos y comparten los desafíos cotidianos con las mujeres de su vida (madres, parejas, hermanas, hijas, compañeras) comprenden muy bien en qué consisten los precios (que han decidido no pagar) de ejercer de machos, renunciando a ser hombres.

Con frecuencia se argumenta que las nuevas generaciones de mujeres, las niñas de hoy ya no tendrán que enfrentarse a estos problemas, porque la sociedad, y ellas mismas, habrán cambiado. Pero la realidad es que el mero paso del tiempo no está modificando la situación ni resolviendo los problemas, lo cual está acreditado con terca perseverancia por las cifras. Por eso, más nos vale acelerar el paso para no seguir perdiendo el tiempo sin acometer con decisión los cambios, necesarios y posibles, de una realidad cuajada de obstrucciones y fugas.

¿Y la tecnología?, ¿no era que el libro trata de tecnología? Claro que sí... Pero no podemos hablar de tecnología de manera descontextualizada, dado que *la posición de hombres y mujeres en los entornos tecnológicos solo puede explicarse en el marco de su posición en la sociedad y de su visión del mundo*, no surge de la nada ni constituye un fenómeno aislado.

AHORA SÍ...MUJERES EN LA TECNOLOGÍA

A nadie extrañará que, estando las mujeres en «casi» todas partes, haya sin embargo *muy poquitas en los dominios tecnológicos en los que se dirime el futuro*, ya sea en los estudios como en las ocupaciones, profesiones, emprendimientos y liderazgo digital. Incluso, se registran *retrocesos* en el transcurso de la última década. Esto es especialmente dramático en el caso de las tecnologías exponenciales y, específicamente, en el ámbito de la inteligencia artificial. Una situación que, huelga decirlo, no solo constituye un problema de equidad, al excluir a las mujeres de las ventajas de participar en actividades tan interesantes, prometedoras y bien remuneradas. También, constituye un problema de *eficiencia, gobernanza* y todavía más

de riesgo existencial, ya que la exclusión femenina de la tecnología y del desarrollo de la IA afecta directamente a su propósito, objetivos y resultados, pues –sin ellas– difícilmente se priorizarán las necesidades, los valores y el bienestar de las personas como palancas para el bien común, de cara a construir una IA de vocación humano-céntrica. A lo que se añade que su calidad se verá menguada al prescindir del talento, ideas, intuición y creatividad de una parte nuclear de la población.

Como se trata de una insuficiencia muy grave, gobiernos, empresas, entidades sociales y universidades llevan tiempo alertando machaconamente sobre el problema que representa este vacío, así como promoviendo distintas iniciativas para lograr la plena incorporación de las mujeres en el mundo digital; iniciativas que, sin embargo, *no están alcanzando los resultados esperados*. Así es que todo conspira para dar una vuelta de tuerca y *ajustar nuestro radar* a fin de encontrar nuevas fórmulas de afrontar el reto. Y esto nos obliga, aparte de a identificar e intervenir sobre las ausencias (donde no están las mujeres), a construir a partir de sus presencias y fortalezas (donde sí están), mediante acciones asentadas en los escenarios del futuro, más que en los del pasado. Filósofas emprendiendo en ciencia, filólogas aportando valor en el subsector del lenguaje natural dentro de la inteligencia artificial, médicas expertas en telemedicina y telecirugía, emprendedoras de empresas emergentes desarrollando aplicaciones de impacto, sociólogas trabajando en ciberseguridad, abogadas y educadoras liderando la construcción de una nueva generación de derechos digitales e ingenieras humanistas liderando equipos interdisciplinarios que multiplican una innovación sólidamente acoplada con el desarrollo humano y la protección medioambiental. Las soluciones tecnológicas tienen que basarse en demandas reales y, para ello, se tienen que cocrear con la gente, pero esta hibridación necesaria no puede hacerse desde la separación de las tecnologías de las humanidades, encerradas cada una en falsos e inoperantes silos y donde el campo humanístico se ve sistemáticamente devaluado. La auténtica innovación procede hoy de la ruptura de dicotomías inservibles y de la *apuesta por el equilibrio y la hibridación*.

No nos podemos conformar con avances pequeños y fragmentados. Se precisa incrementar ¡ya! la participación de las mujeres en toda la cadena de los procesos de digitalización: *creación, usos, gobernanza y poder*. Y para ello, hace falta una evaluación crítica de las estrategias que se aplican (o no), así como un acercamiento mucho más amplio y consistente

sobre *cómo es hoy la relación de las mujeres con la tecnología* (propósitos, intereses, aprendizajes, usos, inquietudes y repercusiones), a lo largo del curso de sus vidas. Y siempre de manera comparativa con los hombres, pues este asunto también les atañe –y mucho– a ellos. Una inmersión en este asunto, tan complejo como fascinante, es lo que se pretende con el presente libro. Un libro que intenta bucear en las causas y consecuencias del fenómeno, compartiendo nuestros hallazgos. Y que, sobre todo, aspira a plantear, con humildad, perspectivas y propuestas nuevas que pongan un granito de arena en la transformación de esta realidad disfuncional, cuyos efectos son negativos para toda la sociedad, con marcado impacto en la juventud.

ELEFANTAS EN LA HABITACIÓN, CAMBIAR EL NÚCLEO DEL DISCURSO

«En inglés, *elephant in the room* («elefante en la habitación») es una expresión metafórica que hace referencia a una verdad evidente que es ignorada o pasa inadvertida. También se aplica a un problema o riesgo obvio que nadie quiere discutir.

Se basa en la idea de que sería imposible pasar por alto la presencia de un elefante en una habitación; entonces, las personas en la habitación que fingen que el elefante no está ahí han elegido evitar lidiar con el enorme problema que implica. Sin embargo, la propia presencia de una situación tan grande y obvia se vuelve incómoda para todos los involucrados, quienes, a pesar de ello, continúan evitando atender o hablar del problema»⁶.

Eso es lo que proponemos: interpretar la relación de las mujeres con las tecnologías de la información y la comunicación –y particularmente con la inteligencia artificial– como un elefante (en este caso, «elefanta») en la habitación. Hay muchas cosas que están ahí, que están sucediendo ante nuestros ojos, pero que no vemos porque *usamos unas lentes obsoletas y con ralladuras que distorsionan la mirada*.

Queremos *colocar a esos millones de elefantas invisibles en el centro de la habitación* para que sean reconocidas, miradas y admiradas en todo su

⁶ Elefante en la habitación. Wikipedia, la enciclopedia libre.

esplendor y colorido como lo que son: *la alternativa y no el problema*. Para nosotras ha sido un ejercicio emocionante, y en ocasiones sorprendente, que nos gustaría compartir ahora con los lectores.

El libro se divide en dos partes diferenciadas pero que se retroalimentan mutuamente: la primera, *Azul tecnología y rosa cuidado* recorre, desde el nacimiento hasta la finalización de la educación superior, cada una de las etapas del crecimiento y el aprendizaje, en las que la interacción entre el género, la condición social, la tecnología y su rama la IA (pero una IA que no se comprende como una estrella solitaria en el universo), se traduce en intereses, oportunidades, expectativas y proyectos de vida tangibles –pero distintos– de niñas, niños y jóvenes. La segunda, *Tecnologías digitales en el empleo femenino: qué, cuándo, dónde* se sumerge en la historia, presente y eventual futuro de la relación entre tecnología, empleo y la posición sociolaboral de mujeres y hombres, poniendo el foco principal en la inteligencia artificial. Finalmente, se ofrece el anexo *ElefantIAs en Acción*, que recoge iniciativas, experiencias y propuestas de uso de estas herramientas para mejorar la vida y empoderar a las mujeres en alianza con la tecnología.

Bienvenidas, bienvenidos, a esta gran comunidad de elefantas que siempre ha estado ahí, pero que ahora hay que hacer más presente que nunca porque nos trae buena parte de la luz, vitalidad y propósito que imperiosamente necesitamos para construir los nuevos entornos digitales centrados en el ser humano y en la sostenibilidad de la vida en el planeta.